



Narrativa contemporánea

6

**El último Pas de Deux:
una hija por una gota de vino**

Primera edición en castellano, 2024

Forero, Claudia

El último Pas de Deux: una hija por una gota de vino, Bogotá, 2024.

p.248; 13,5 x 20 cm (Narrativa contemporánea # 6)

Director de la colección: Andrés Pinzón

ISBN: 978-628-95855-6-8

1. Materia: 860CO Literatura colombiana. Novela. THEMA: FBAN - Ficción urbana

Título original: El último Pas de Deux: una hija por una gota de vino

Autor: Claudia Forero

Colección: Narrativa contemporánea

Número en la colección: 6

©Claudia Forero

©Favila Editorial

Edición: Andrés Pinzón

Diseño de cubiertas: Javier Alarcón Guzmán

Diagramación: Sandra Carrión

maninthbox@gmail.com

<https://favilaeditorial.com/>

Primera edición

Bogotá - Colombia, enero de 2024

ISBN: 978-628-95855-6-8

Impreso por Imageprinting Ltda.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Favila pretende con este aviso promover la compra de libros originales, que constituye el principal medio para fortalecer la cultura mundial e incentivar la lectura.

Claudia Forero

El último Pas de Deux:
una hija por una gota de vino



MAN IN THE BOX

Índice

Escena 1	11
Entre bambalinas	14
Escena 2	18
Entre bambalinas	24
Escena 3	27
Entre bambalinas	29
Escena 4	32
Entre bambalinas	38
Escena 5	43
Entre bambalinas	48
Escena 6	53
Entre bambalinas	55
Escena 7	60
Entre bambalinas	65
Escena 8	67
Entre bambalinas	70
Escena 9	75
Entre bambalinas	77
Escena 10	78
Entre bambalinas	81
Escena 11	86
Entre bambalinas	88
Escena 12	90
Entre bambalinas	92
Escena 13	93
Entre bambalinas	97
Escena 14	100
Entre bambalinas	104
Escena 15	105
Entre bambalinas	108
Escena 16	109
Entre bambalinas	112
Escena 17	113
Entre bambalinas	117

Escena 18	118
Entre bambalinas	121
Escena 19	123
Entre bambalinas	129
Escena 20	131
Entre bambalinas	133
Escena 21	135
Entre bambalinas	137
Escena 22	138
Entre bambalinas	145
Escena 23	146
Entre bambalinas	159
Escena 24	161
Entre bambalinas	162
Escena 25	164
Entre bambalinas	166
Escena 26	167
Entre bambalinas	175
Escena 27	177
Entre bambalinas	180
Escena 28	181
Entre bambalinas	184
Escena 29	185
Entre bambalinas	192
Escena 30	193
Entre bambalinas	197
Escena 31	199
Entre bambalinas	210
Escena 32	212
Entre bambalinas	214
Escena 33	216
Entre bambalinas	219
Escena 34	220
Entre bambalinas	224
Escena 35	225
Entre bambalinas	235
Escena 36	236
Entre bambalinas	239
Escena 37	242
Entre bambalinas	243
Escena 38	244

Coreografía para danza

Los bailarines ocupan el vacío. El vacío cobra volumen, se escurre, se eleva, vuelve y se vacía. El cuerpo, entonces, no es sino un instrumento, en ocasiones vísceras, en otras, risa, aliento, desaliento. Encuentro. Desencuentro. Vacío, otra vez.

Los bailarines callan, los bailarines escuchan, oyen el silencio, no el ruido. Aprenden a conocerse, interactúan, se rebelan entre sí, se aman, se odian, se descubren.

Esta es una coreografía de compasión y humanidad.

En memoria de mi madre, Cecilia.

Escena 1

Claire ha vuelto a ver a su hija siete años después de haber cerrado la puerta de su casa matrimonial para no regresar más. Se ha encontrado con una mujer y no con la niña que tenía en su memoria, a la que abrazaba, acariciaba, olía. Con cierta incredulidad contempla el sofá en el que su hija durmió, se acerca y lo palpa para asegurarse de que no ha sido un sueño, y no lo ha sido, aún guarda la tibieza del joven cuerpo que allí ha reposado.

Lentamente, como si le faltara fuerza, se sienta y llora con su pecho pegado a las rodillas. Luego calla, se endereza y cubre su rostro con las manos, inhala hondo y luego exhala, como si tratara de sacudir sus emociones que terminan en un grito: Rebeecaaa.

El mundo que se ha construido después de abandonar su vida de madre parece estar tambaleando, su hija ha tocado su existencia.

Una habitación con dos enormes ventanales resalta la imagen de la delgada mujer que poco a poco se incorpora, recorre la corta distancia entre la entrada y esa habitación, toma su mochila del perchero y cierra tras de sí la puerta.

Va a continuar con lo que ha sido su vida en los últimos tres años.

A unos cuantos metros de distancia, la espera una fila de turistas con quienes recorrerá como guía el pueblo costero, les enseñará los lugares esenciales de la, en un tiempo

anterior, villa de pescadores. En su andar ese día, le robará tiempo a su trabajo para volver a pensar en su hija y en la certeza de que ha alcanzado por vez primera una verdad: jamás ha dejado de amarla.

El recorrido con los turistas es siempre el mismo. También las palabras, se trata de un acto bien representado. Claire sale con grupos de cinco, siete, diez personas. Va a la cabeza de la fila, les cuenta la historia del lugar, los conduce por sus angostas y empedradas calles, por los rincones de esa villa que parece un pesebre anclado sobre una inmensa colina que se descuelga hacia un mar azul muchas veces, otras ennegrecido, y por momentos gris.

Es una atracción simple pero opulenta en su belleza natural. Allí se han rodado programas de televisión que los ingleses ven una y otra vez con la misma admiración, Doc. Martin es uno de ellos. Hasta una película sobre la historia de los pescadores locales se filmó en esa villa, pues hasta llegaron a ser famosos cantantes.

A Claire se le ve enérgica ejerciendo su labor. Habla con mucha propiedad: “este era el consultorio-casa del Doc.”. “Ahora nos acercamos a la farmacia de Mrs. Tishell, si...”. Los turistas se detienen a mirar, se oye el murmullo, una risilla... todo está ahí, pero nada está. El set, los personajes solo viven en la imaginación de las personas.

Claire les da tiempo, se aparta del grupo por momentos, luego se acerca. Siguen la marcha, se detienen en algunos rincones, en alguna casa, ella les cuenta la anécdota aquella que los hace reír o recordar.

Lo hace con energía, con convicción y hasta con arte, no mira a nadie a los ojos y a la vez domina a su audiencia. Detrás de su voz se oyen las gaviotas, y en la distancia se ven los veleros, el resto es silencio.

Terminada su jornada, se encierra en su apartamento y de allí no sale sino hasta el día siguiente. Nadie conoce la vida de la mujer detrás de la puerta negra. No frecuenta restaurantes, vecinos, nada. Lleva una existencia austera, aislada, que parece satisfacerla.

Entre bambalinas

Pasión loca, la de bailar.
Y el cuerpo se estremece, se sacude, se desgarr,
también es feliz.

A las 5 de la tarde, Claire llega puntual a su cita con la consejera Adele Hunter a un Centro de Asesoría para Mujeres en el sureste de Londres, muy cerca de la ciudad en donde vivió toda su vida de casada y también de madre. Hace aproximadamente tres años dejó su casa.

Allí, en un pequeño, limpio y sobrio salón, sentada en un sofá recubierto con una colcha de lana verde, le habla a Adele, quien se sienta en un sillón opuesto a escasos centímetros, estableciendo la intimidad necesaria para que su interlocutora sienta que está allí para ella.

La mirada de Claire se encuentra con una pared sin brillo. La observa con curiosidad, casi que con esperanza. De esa pared cuelgan un buen número de fotografías de mujeres participando en eventos; se las ve activas, risueñas, en cursos de yoga, sentadas en círculo en gesto de interacción. “Empoderarse como mujer es el principio para retomar su vida”, dice uno de los anuncios que también cuelgan de la pared.

Adele le hace pocas, pero definitivas preguntas. Erguida, casi siempre con un chal cubriéndole los hombros —el salón es frío aun en verano— toma nota y escucha. Escucha y toma nota.

Claire responde algunas veces con monosílabos y otras no quiere parar de hablar. Cualquier recuerdo viene a su cabeza, cualquier mentira también, no siempre lo que dice es espontáneo, también oculta.

Éramos tres. Salíamos de viaje en un auto deportivo, felices, recorriendo las calles a gran velocidad como si nos pertenecieran con todas sus casas y sus parques, y después nos encerrábamos en un apartamento del cual no recuerdo sino una cama muy cómoda, limpia. El más joven de los hombres y yo teníamos sexo, y el mayor nos miraba, todo muy tranquilo, nos daban placer esos encuentros, y lo que es bien significativo, alegría. No era el sexo, sino la armonía entre los tres. Todo brotaba naturalmente. No fue muy largo, terminó un día y ya. Me gustaban esas cosas.

Eso era en mi país, llevaba una vida más casual, de aventuras, pero siempre me gustó el arte, la danza en particular. Aquí en Inglaterra me vinculé por un tiempo breve a una organización cultural que traía cantantes, orquestas, artistas en general. Una vez trajo a ciento cincuenta cantantes desde Santiago de Compostela; les diseñé toda la campaña de publicidad para la prensa hispano-lusa, por aquello de mis raíces.

Recuerdo que iba todos los días al teatro en donde se presentarían; era impresionante, pequeño, de una belleza excepcional, casi como de juguete con sus palcos abullonados en terciopelo rojo y su enorme lámpara de araña dominando el techo en el centro de la platea. Veía todo lo que llegaba a escena, los ensayos, el vestuario, las escenografías, no me perdí programa alguno, fue un tiempo excepcionalmente rico para los sentidos.

¿Que cómo terminé trabajando en un banco? Bueno, también hay otra parte de mí a la que le gustan los números, la competencia, es diferente a la Claire que ama el arte,

y ese otro lado es también apasionante. Por eso trabajaba en un banco. Se trata de un mundo que puede ser deliciosamente artificial o muy real. Artificial por el dinero, y real también por el dinero y porque solo los resultados cuentan.

Todo es milimétrico, calculado, pensado, y eso también me seduce mucho. Los últimos años de mi vida, antes de tener a Rebecca, los pasé allí, en el piso de los *traders*.

Sí, Rebecca es mi hija. Ella fue fruto de ese mundo que ejercía fascinación en mí. Fue de alguna manera el resultado del espejo que yo tenía en Jonathan, mi marido, su padre. Lo encontraba atractivo, imposible de ignorar en ese mundo agitado del banco, era tan amable y simpático con las mujeres, conmigo, con una sonrisa muy bonita, enérgico, culto. Así surgió la vida de casada y la de madre. Pero hoy, él tanto como Rebecca tienen para mí un grado enorme de fantasía, y cuando siento las cosas así, dejan de pertenecer a mi vida.

Ahora no tengo ningún tipo de sentimiento por su ausencia, me refiero a mi hija. Es extraño, una madre debería naturalmente sentir culpa o dolor por la falta de su hija o de sus hijos, pero yo ahora no lo siento así. Cuando estaba con ella la amaba con todo, algo se desbordaba dentro de mí, surgía, flotaba y se adhería a ella en una unión indisoluble, claro, cuando estaba sobria. Pero ahora que estoy lejos, es como si ese recuerdo, el de mi hija y de mi marido, fuera un sueño y nada más, no existen ellos para mí.

Con el tiempo, ese sentimiento de ser madre fue desapareciendo. Cada día, después de beber, mi cuerpo estaba totalmente destruido y de muchas maneras mis emociones también, hasta el punto de que lo que podía ofrecer al mundo exterior era limitado, casi puedo decir que escogía premeditadamente lo que expresaba y decía para que no se me notara el estado interior en el que estaba.

Por supuesto he reflexionado muchas veces sobre mi consumo de alcohol. Pero para simplificarle las cosas y proporcionarle a usted una respuesta, le puedo decir que dentro de mí todo era agitación, desesperación, quería arrancarme la piel, dejar de sentir el pánico que me abrazaba, el calor, la sensación de estar flotando en una nube que no me permitía ver ni pensar. Los latidos del corazón retumbaban en mi cabeza, quería salir corriendo y desaparecer. Cualquier error al dejar traslucir mis emociones habría sido fatal para mí porque me hubiera descontrolado completamente. Vivía al borde, al límite, a una escasa decisión de abalanzarme al vacío. Daba miedo hasta mover una mano, los ojos, quería cesar.

Un día descubrí que en realidad había dejado de sentir fuera de mí misma. Y en este cese estaba mi hija, no podía ofrecerle nada. ¿Entiende? Nada. Entonces tenía que irme, dejarle libre el camino para que alguien le diera algo, su padre, no sé.

Escena 2

El gato salta la barda y entra ágil al jardín, se agacha sigiloso, bajando sus patas delanteras mientras se apoya en su parte anterior, casi se arrastra... su mirada dilatada, brillante, se concentra y titila, no pierde a los pájaros que revolotean alrededor del alimentador.

Sin embargo, para su sorpresa, encuentra algo que no espera, una mujer y una niña que lo observan en la distancia casi con la misma admiración que a él lo sobrecoge. Clava sus pupilas a intervalos en los rostros de la mujer y de la niña y luego gira su cabeza hacia los alimentadores para cerciorarse de que sus posibles presas todavía revolotean cerca. Al otro lado del jardín, la mujer y la niña también lo miran atentas, a la espera de sus reacciones. El gato no las pierde de vista, su cabeza se mueve rápido de un lado a otro, como si dudara en mirar a las mujeres o en seguir a los pájaros que para ese momento presienten el peligro y huyen.

En esta época del año, en los arbustos del jardín en donde están madre e hija, apenas asoman las hojas verdes, diminutas, casi tímidas. El pájaro negro de pico amarillo empieza a cantar en la copa del árbol que separa con su gran tronco los linderos de su jardín y el de los vecinos. Rebecca, la niña, ya ha olvidado al gato y ahora imita al único pájaro que permanece allí, Juiouss Juiousss, ríe corriendo hacia Claire, su madre.

—Mami, dame un poquito de agua.

—Vamos adentro, cariño.

Las dos se dirigen hacia la casa y abren la puerta corrediza de cristal para pasar a un salón espacioso, lleno de luz, profundo. La niña se sienta y espera a que su mamá le traiga un jugo. Lo toma apurada y vuelve al jardín.

—¡Mami, mami! Ay —grita desde afuera—, ven rápido, he encontrado un caracol.

Rebecca salta con sus ojos titilantes bien abiertos y con sus manos moviéndose como abanicos a gran velocidad, luego se agarra su cabeza, salta nuevamente.

—Se parece al de mi libro, pero ¡es tan pequeño!, y en el libro es muy grande.

La niña corre hacia su madre, quien para ese momento ya ha retornado al jardín. Las dos miran el caracol, hablan en voz baja concentradas en el animal y después se agachan a revolver la tierra, dejando al caracol sobre la superficie negra y húmeda. Cerca se oye el murmullo de niños, y un golpe seco y repetido de una pelota de fútbol al chocar con la verja de madera. Ticket Road apenas se está despertando.

—¿Dónde viven? ¿Tienen casa? —insiste Rebecca, llena de curiosidad, sosteniendo otra vez al caracol en su mano e interrumpiendo la labor de su madre. Le toca las antenas con sus dedos pequeños y finos, mientras lanza sus preguntas atropellando las palabras. “Hahhh”, grita y salta exaltada cuando las cabezas desaparecen bajo las conchas.

—Ya no están, mami —dice.

—No han desaparecido, esa es su casa, su caparazón — Claire toma la mano de su hija y la pasa por encima de la superficie suave y sólida del pequeño caracol. La niña oye a su madre con los ojos fijos en el animal.

—Viven —continúa Claire—, en cualquier lugar siempre y cuando sea húmedo, si no hay humedad se secan y

mueren. Por ejemplo, una maceta puede ser su casa o la hoja de un árbol, ¿ves? En el respaldo de estas hojas hay unos, o aquí, mira —y Claire escarba en el costado de una de las macetas.

—¿Les puedo dar mi comida?

—No, ellos comen diferente, como hojas, por ejemplo; pero no la comida nuestra. Mira —su madre escarba una planta—, aquí han estado anoche, las hojas están mordidas. ¿Las ves?

—No huelen a nada —dice Rebecca con uno de los caracoles en sus fosas nasales.

Ambas pasan mucho tiempo juntas moviendo macetas, removiendo unas plantas de un lado para el otro, llenando los alimentadores de pájaros. Rebecca sigue a su mamá o se distrae moviendo la tierra, escarbándola. Es sábado y Rebecca no va a la escuela.

La casa es grande, tiene tres pisos, hay muchas habitaciones desde donde Rebecca entra y sale, pero se aburre, necesita la actividad, el aire libre. Su madre es su amiga, su compañera de juegos.

Es la única hija del matrimonio de Claire y Jonathan. Claire, una inmigrante mezcla de español y latino, y él un inglés del norte. Ambos están cerca de los cincuenta, tuvieron a Rebecca cuando habían pasado los 40.

Jonathan trabaja en La City, en el mismo banco en donde antes trabajaba su esposa. Ambos se dedicaron a los mercados internacionales en el piso de los traders, en donde se conocieron.

Él, sin duda, es un hombre atractivo, con un cuerpo cuidado y una sonrisa que desarma por su generosa expresión y la perfección de sus dientes. Aun así, analizado un poco más detenidamente y conocido más de cerca, se le

alcanza a notar algo de cálculo en sus respuestas, en sus palabras, en sus gestos, en especial con las mujeres a las que se aproxima casi inequívocamente con una soterrada coquetería disfrazada de cordialidad, de cercanía. Es popular entre ellas y en ocasiones establece con algunas una complicidad que puede desestabilizar un poco a Claire, sin que ella lo manifieste.

Le gusta involucrarse, al menos en principio, con el mundo femenino, y esto les gusta a las mujeres, un hombre que las vive desde ellas mismas. —Chica, tú lo que tienes es un hombre y una mujer en ese matrimonio —le dicen en broma algunas amigas a Claire.

Pero ella que lo conoce, sabe que en el fondo y en la intimidad de la casa, es una persona tremendamente introvertida, poco sociable, hermética.

Con ella muestra algo que no deja ver con otros: arrogancia, silencios, imposibilidad de conectar en muchas circunstancias, y comentarios que la hacen sentir estúpida, inadecuada. Claro que no todo es así, él tiene también sus salidas que alegran la vida de la casa, el humor de mente rápida.

Claire es varios centímetros más alta que Jonathan, delgada, con un cuerpo elegante. Viste con trajes a la medida, gustos heredados de una madre modista; tiene el pelo largo hasta los hombros y los rasgos de latina se equilibran en un rostro fino de pómulos salientes y ojos grandes y vivos de un color amelado.

En contraste con su marido, es amorosa y conversadora con los cercanos, distante y estricta en su trabajo, aunque amable. Eso sí, necesitada de afecto, espera de sus amigos, de su marido, de su hija, aun lo que no puede recibir porque no existe; siempre está añorando algo. A Claire lo que

le sobra en seguridad en su vida laboral le hace falta en su vida privada, en la que se siente más vulnerable, con miedo a las adversidades afectivas.

Con el tiempo ha descubierto que la inseguridad la acompaña, algo que nunca se le vio como jefe del *syndicate* en el banco. Allí se movía en su propio elemento, gozaba del respeto de sus colegas y con algunas reservas, de su marido, por ejemplo, quien nunca había aceptado del todo que su esposa lograra una posición en el banco que él no había alcanzado a pesar de su esfuerzo.

Le encantan los números, la danza que estudió de niña y el arte en general y, por supuesto, la compañía de su hija.

Su mundo, después de que dejó de trabajar en el banco, se ha convertido, a su forma de ver, en algo demasiado simple: su casa, su hija y unas contadas amigas. Es un nuevo cosmos que apenas está calculando, aprendiendo a vivirlo y a respirarlo, y eso que Rebecca ya tiene siete años, pero Claire sigue esperando el momento para empezar a trabajar de nuevo, algo que hará muy pronto.

Rebecca es menuda, de pelo negro y corto, lleva capul. Tiene ojos inmensos, pero a diferencia de los de su madre, son negros como los del padre; sonrío con todo lo que tiene para reír, sus labios, sus dientes, su frente; es extrovertida, parlanchina y cada instante lo vive con intensidad y placer. Es una niña muy vivaz y analítica, vive para palpar, experimentar, absorber el exterior, ama sin reservas. Es independiente y segura, muy feliz, parece que la vida no le alcanza para todo lo que quiere indagar: las flores, los animales, los astros.

Madre e hija han regresado a la casa. Comen un desayuno tardío en una mesa auxiliar de la enorme cocina, en donde una estufa empotrada en base de cerámica domina el escenario.

En las paredes, que todavía huelen a pintura fresca, y sobre un color crema suave, sobresalen fotografías de los tres en paseos, en la playa, fotografías de danza, Carlos Acosta, Pina Baush, Alvin Ailey.

También se destacan algunas notas de felicitación de sus padres a la hija: “bien por esa estrella en matemáticas”, “lindo dibujo”, o recados de Claire para Jonathan y viceversa: “llego tarde”, “te extraño”, “un beso”.

Una familia unida en su propia dinámica y con un lenguaje que solo ellos conocen. Claire y Jonathan intercambian constantes mensajes telefónicos, textos, fotos, llamadas, en fin, hay una interacción permanente y fluida.

—Hola chicas —dice Jonathan, que entra silencioso secándose el sudor del cuello, después de correr como siempre lo hace cada sábado por la mañana. Abre la nevera y saca una jarra con agua, se sienta al lado de las dos mujeres preguntándole a su hija— *¿What have you done this morning?*

—*Daddy, I have looked at the snails with Mum.* He descubierto que no huelen a nada.

—¿Te importaría si los caracoles oliesen? —le responde su padre en perfecto español, siguiendo el hilo comunicativo de su hija.

—Siempre imagino que todo tiene olor, por ejemplo, el cuarto de las visitas siempre huele a frambuesas y el mío a miel y a mantequilla, y el tuyo y el de mamá huele a hojas secas y a canela.

—Vienes optimista —comenta Claire

—Vengo con entusiasmo, el día está estupendo, ¿podríamos ir a Epsom Downs y comer en un *pub*?

Entre bambalinas

Y el cuerpo se prolonga hasta la extensión del otro.

El Centro de Consejería es el lugar en donde, aunque con dificultad, Claire puede aligerar todo el peso que la asfixia o intentar organizar el rompecabezas de su vida, discernir, aquietarse. Ella siente que vive sin tiempo interior ni exterior, no hay un ayer o un mañana, ni proyecto alguno. Adele Hunter toca en Claire puertas cerradas; procura claves para que la mujer ofrezca sus propias respuestas o sus propios silencios.

Cuando el silencio se apodera de las sesiones, la habitación se vuelve inmensa a los ojos de Claire. De día hay mucha vida allí: gente que entra y sale. Entonces el espacio parece demasiado pequeño, modesto, pero siempre listo para dar paso a las mujeres que llegan en búsqueda de ayuda, de un momento de compañía, de alguien que escuche que las están moliendo a palos en su casa. Después de las cinco, sin embargo, la habitación se transforma, convirtiéndose en el escenario en el que sólo se escucha la conversación de dos personas o el monólogo de una de ellas.

Adele podría tener la edad de Claire. Su forma de vestir, elegante y casual a la vez, de cortes y líneas inusuales, habría sido quizás la elección de Claire fuera de su mundo del trabajo. Tal vez ellas habrían compartido gustos e intereses. En tiempos normales, hubieran podido sentarse frente a frente, beber un café y hablar como viejas amigas.

Muchas veces me levanté con la decisión de tomar menos: hoy sí, sólo una copa, lo prometo. O llegaba a esa determinación cuando me sentía desesperada en mi propio cuerpo, con escalofríos, con una dificultad enorme de aclarar mis pensamientos y mis actos. Cuando abría los ojos en la mañana, si es que dormía, quería echarme a llorar al levantarme vuelta una miseria, pero no podía revelar mis emociones, mi hija era la primera persona a la que quería mantener alejada de mi estado. Mi marido no me preocupaba tanto, pero claro, la gente no es tonta, y mucho menos Jonathan que a veces pretendía no saber, no sé si por miedo a enfrentarme o a enfrentarse, yo lo sabía por la forma en que me miraba, con sorpresa, dubitativos. Pero nunca hablé de este tema con nadie, yo solamente vine a desnudar mi vida aquí, en este salón.

¿Mmmm? No sé realmente cómo me sentía... creo que muy infeliz. En los últimos días que compartí con Jonathan y con Rebecca, estaba tan fuera de control que poco faltó para tirarme a un tren o violentarme de otra forma. Me sorprendía de hasta dónde había llegado y también me culpaba, la verdad, pues siempre había sido muy estricta conmigo misma.

¿Usted bebe? Yo creo que la relación con las bebidas alcohólicas también depende de cada persona. Para responderle, en mi caso y creo que para otros alcohólicos... uh, primera vez que me etiqueto. ¿Qué le estaba diciendo? Ah, sí, mientras se está tomando la dimensión del mundo es unas veces divertida, otras de frenesí, de tristeza, de rabia, las emociones pasan a primer plano y, en ocasiones, es difícil recordar qué ha pasado. Esto me sucedía con frecuencia.

Pero me daba cuenta de que, pasadas las horas, dejar de tomar era muy difícil. Me bebía una botella tan rápidamente

como si pasase agua. Algunas veces me controlaba porque estaba con mi hija o mi marido, pero, en muchos otros casos, seguía bebiendo cuando ellos se acostaban.

Tal vez por eso estoy aquí, porque siento miedo de llegar a un lugar del que no pueda volver. Miro las partes que me componen, el ser madre, mi trabajo, mi vida de esposa. Supongo que también quiero encontrar respuestas sobre mi propia vida, cuya única claridad es que, de todos sus componentes, madre, esposa, profesional, el que más fácil se me dio fue el último.